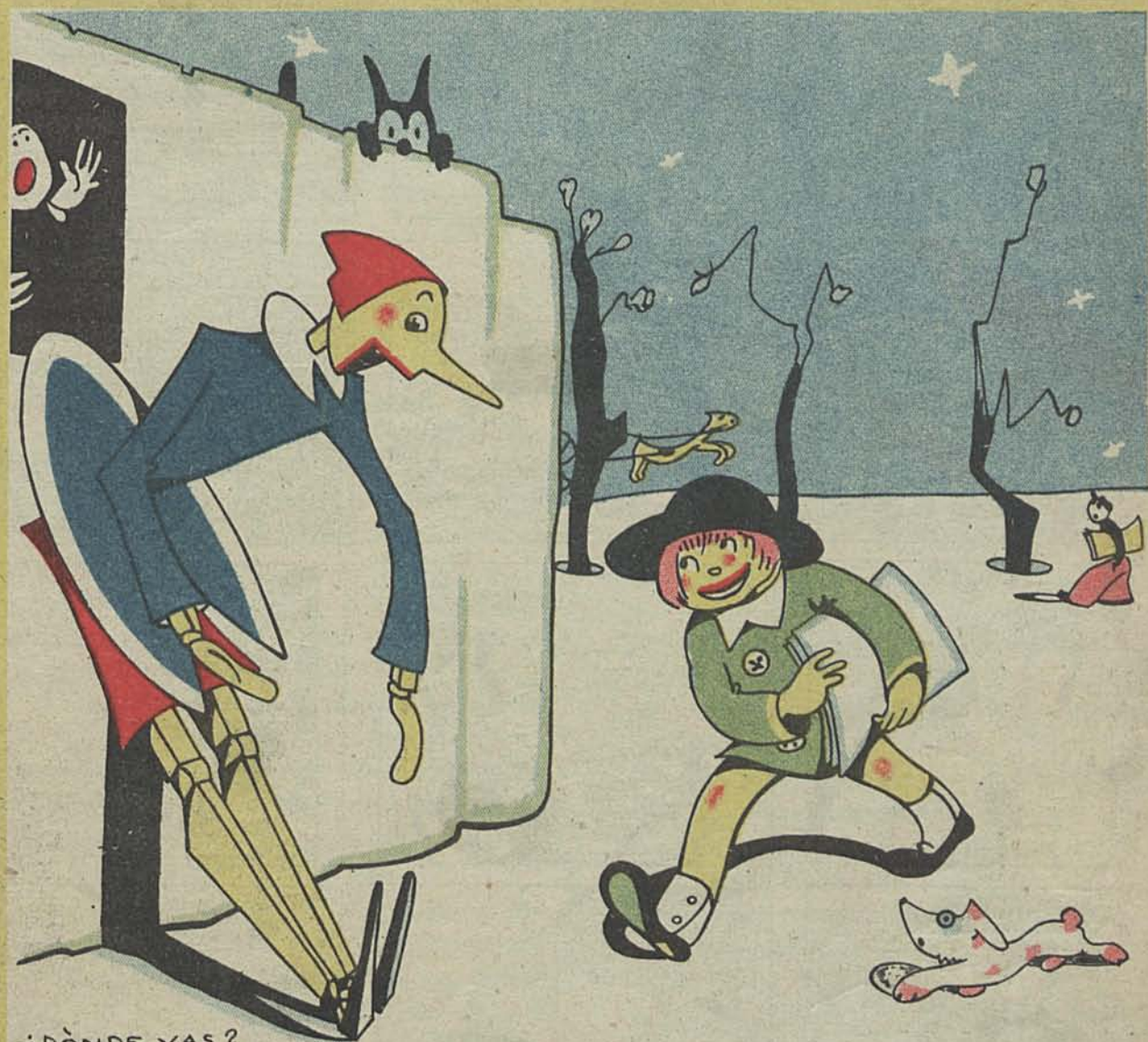


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 316

25 cts

25 ENERO
1931



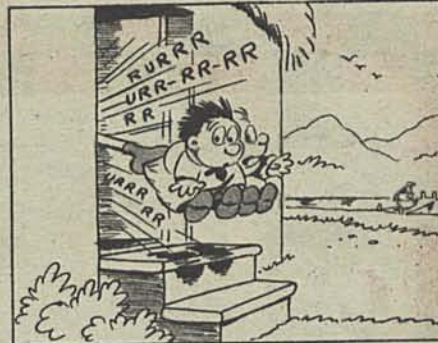
-¿DÓNDE VAS?
-A COMER
-¿Y POR QUE CORRES TANTO?
-PORQUE..... ME DA LA GANA

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

POR
E. Salgar



(Continuación)

la vida de bosque en bosque, buscando sus vegetales favoritos, y sobre

tudo miel, a la cual son aficionados.

La presencia del hombre basta por sí sola para ponerles en fuga, aunque están dotados de una fuerza excepcional y poseen uñas y dientes formidables, si bien en ocasiones se despierta en ellos un valor extraordinario.

Como hemos dicho, prefieren, sin embargo, evitar todo combate, y permanecen tres o cuatro meses del año adormecidos dentro de una cueva.

El *grizzly*, o, como le llaman bromeando los cazadores de las montañas americanas, el *old ephraim*, es bien diferente de los demás, y afronta resueltamente y con una ferocidad y un empuje inauditos así al hombre blanco como al rojo, vayan a pie o a caballo.

Debemos añadir que este oso americano (porque no se encuentra en ningún otro continente) es el más gigantesco de todos.

En su forma, y aun en su color, se parece algo al oso pardo europeo; pero es extraordinariamente más robusto, y su altura pasa de los dos metros y veinte centímetros, siendo generalmente el peso de los adultos de media tonelada, o sean quinientos kilogramos.

Su pelamen pardo oscuro tiene tonos grisáceos, y es largo y rizado como el de los gigantes monos de las islas Indo-Malayas, llamados *miass*. Su frente es larguísima; las orejas y la cola, cortas; los ojos, pardos rosáceos, y las uñas, espantosas: tienen un largo de doce o más centímetros, y son gruesas, compactas y formidablemente afiladas, constituyendo el principal

orgullo de los cazadores indios cuando pueden mostrarlas como adorno en la extremidad de sus *mocassinis*.

Viven estos terribles plantigrados en las montañas o serranías, prefiriendo para habitación los profundos cañones y las sombrías cuevas, aunque no es raro encontrarles en las proximidades de la tierra polar, donde, ¡cosa extraña!, se ayuntan con los blancos, formando una raza híbrida o bastarda, que es la de los osos amarillentos.

Lo mismo que los otros individuos de su especie, en invierno caen en un profundo letargo, y pasan ese estado de somnolencia refugiados en cuevas.

Cuando despiertan es cuando son más peligrosos. Atormentados por el hambre, recorren las orillas de los ríos, pues son muy hábiles pescadores, y asaltan a hombres y animales, a los cuales aplastan contra su pecho, pues sus brazos son tan fuertes, que al apretarles pueden romper entre ellos la caja torácica del animal más fuerte, aunque se trate de un bisonte

Al ver el *indian-agent* a aquel enorme animal que adelantaba por la cornisa, se retiró prontamente, sin que, por fortuna, le hubiera descubierto la fiera.

En un instante se halló entre sus compañeros, que se ocupaban afanosamente en buscar una cueva abierta en la muralla rocosa, y en la cual todos pudieran esconderse.

—¡Ahí viene!—exclamó, con la voz alterada.

—¿Quién?—preguntó Jorge.

—¡El *grizzly*!

—¿No te habías engañado, pues?—dijo Harris.

—No; he oído muchas veces sus gruñidos en la sierra Verde y en la Nevada.

—¿Es grande?—preguntó el *gambusino*.

—¡Enorme!

En aquel momento, la india señaló una hendidura, gritando:

—¡Ahí dentro! ¡Hay sitio para todos!

—Sería una gran fortuna—dijo John, adelantándose.

—¡Adentro! ¡Adentro!—exclamaron los otros.

A dos metros, poco más o menos, de la cornisa se abría una especie de nicho, en cuya entrada crecían algunos cactus.

En un momento entraron los cuatro hombres en aquel refugio, descubierto tan a tiempo, y ayudaron a subir a él a Minnehaha.

No se trataba de una caverna, sino de una oquedad abierta por las aguas, de cuatro metros de ancho y dos de profundidad.

Había, pues, sitio para todos.

—Échémonos a tierra, y si el *grizzly* pasa sin reparar en nosotros, le dejaremos ir—dijo el *indian-agent*. Estos animales son tan fuertes, que suelen permanecer de pie aun teniendo ocho o diez balas en el cuerpo.

—Me lo han dicho—dijo Harris.

—Silencio, y tratad de contener hasta la respiración.

Colocaron a Minnehaha en el fondo, y ellos se tendieron en el suelo sobre las hierbas que lo alfombraban, con los cañones de los rifles apuntando hacia fuera.

El plantigrado adelantaba sin prisa alguna, mordisqueando las plantas que encontraba a su paso.

De cuando en cuando se oían las piedras que rodaban al abismo, arrancadas por el oso al agarrarse con sus potentes uñas.

Al cabo de un rato, los cuatro aventureros, que conservaban una inmovilidad absoluta, oyeron la ronca respiración de la fiera.

—¡Ahí está!—murmuró tenuemente el *indian-agent*. ¡Callados todos!

El *grizzly* estaba delante del nicho.

Ya había pasado de él, y los cuatro aventureros comenzaban a respirar libremente, cuando John le vio detenerse cinco o seis pasos más allá, manifestando una gran agitación.

—¿Nos habrá venteado?—murmuró John.

¡Estas bestias tienen muy buen olfato!

El *grizzly* escuchaba, moviendo las orejas como si tratara de recoger todos los rumores.

Permaneció inmóvil medio minuto, y en seguida lanzó un rugido salvaje, volviéndose con furia, mientras el pelo se le erizaba.

—¡Estamos descubiertos!—dijo John a sus compañeros—. ¡Preparaos a hacer fuego!

Nube Roja acarició febrilmente a Minnehaha.

El *grizzly* lanzó un segundo rugido casi delante de John, y al ver el cañón del rifle gruñó sordamente, enseñando sus dientes agudos.

Sonó una detonación.

El *indian-agent* había hecho fuego al ver que el oso trataba de dar una zarpada en el arma.

El *grizzly*, con una mandíbula rota, se dejó caer sobre la cornisa, huyendo a tiempo de los tres disparos que le hicieron los dos cazadores y *Nube Roja*.

—¿Muerto?—preguntó Harris, mientras cargaba otra vez el arma.

—¡Bah!—respondió el *indian-agent*. ¡Es muy difícil matar a estos gigantes! Si la bala le hubiera atravesado el cerebro, ya habría yo bajado de aquí; pero se conoce que sólo le ha herido en la cara, y ahora es más peligroso que nunca.

En aquel momento se oyó un gruñido terrible.

—¡Demonio! ¡Ahora parece que está más vivo que antes!

—¿Volverá a asaltarnos, John?

—No creo que sea tan estúpido—respondió el *indian-agent*, que parecía de pésimo humor—Nos esperará, y al primero que baje le arrojará al torrente.

—¿Y tenemos que estar aquí hasta que le plazca a ese oso? ¡Mi estómago reclama imperiosamente alimento!

—Y el mío también—respondió el *indian-agent*. Pero, ¿qué vamos a hacerle?

—¡Y qué rica estará asada una pata de ese animal!—dijo Jorge.

—Más delicada que las del oso negro.

—¿De modo que estamos bloqueados?

—O asediados, si te parece mejor—respondió John.

(Continuará en el próximo número).



CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CAPRICHOS DEL DESTINO. CHUFITA Y PERICUELO VINIERON A CAER EN LA CHIMENEA DE UNA MISTERIOSA CASA



(CONTINUACION)

MISTERIOSA PORQUE EN ELLA VIVIA LA BRUJA ESTROPAJO, BIZCA, DESDENTADA, JOROBADA Y CÓMPlice DEL OGRUCUCALÓN EN SUS TERRIBLES FECHORIAS



¡REMURCIÉLAGOS! FUE TODO LO QUE DIJO LA BRUJA AL VER CAER EN SU OLLA A AQUELLOS DOS PERSONAJES



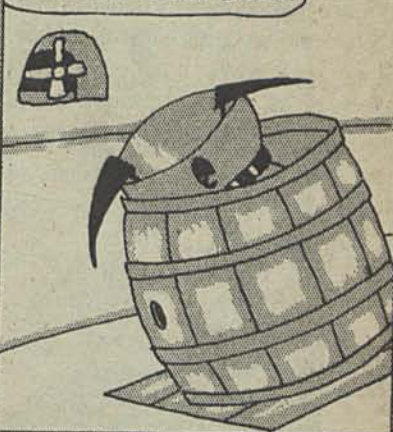
PERICUELO, AL VER QUE SE LE ACERCABA AQUELLA REPUGNANTE BRUJA SALTO DE LA OLLA Y ECHÓ A CORRER



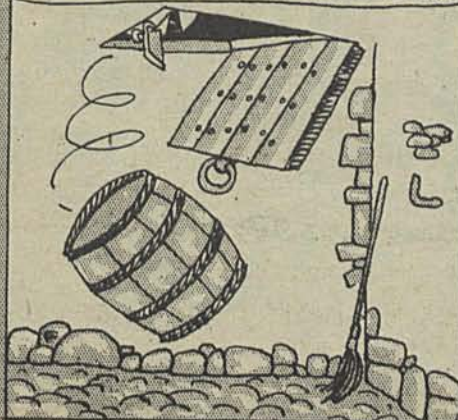
LA BRUJA LANZÓ UNA SATÁNICA CARCAJADA CAPAZ DE PONERLE LOS PELOS DE PUNTA A UN CEPILLO.



PERICUELO, NO TENIENDO POR DONDE ESCAPAR, SE ZAMBULLÓ DE CABEZA EN UN BARRIL. ¡PERO TODO ERA MISTERIO EN LA EMBRUJADA CASA DE LA BRUJA



Y EN MENOS TIEMPO QUE ESTORNUDA UN MOSQUITO, SE ABRIÓ UNA TRAMPA EN EL SUELO Y ¡ZAS!... EL BARRIL CON PERICUELO DENTRO CAYÓ AL FONDO DE UNA OSCURA MAZMORRA



ENTRETANTO, EL POBRE CHUFITA SEGUÍA EN LA OLLA DANDO DIENTE CON DIENTE Y ESO QUE EL FUEGO ARDÍA COMO UN INFIERNO. LA BRUJA IBA YA A ECHARLE LAS UÑAS CUANDO SONARON EN LA PUERTA TRES FUERTES ALDABONAZOS



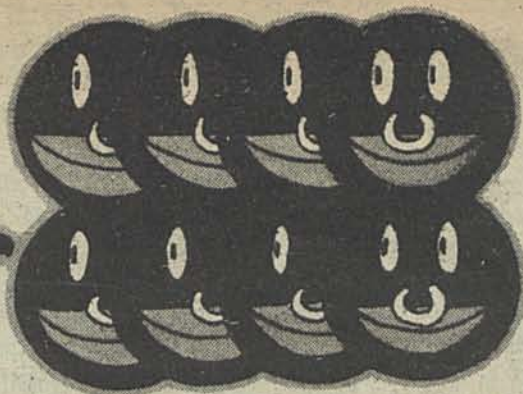
ABRIÓ LA BRUJA Y APARECIÓ EN EL UMBRAL EL TERRIBLE OGRU. ¡PASE! ¡PASE ADELANTE MI SEÑOR DON CUCALÓN! ¡LE GUARDO UNA SORPRESITA...!



Castillo

(CONTINUARÁ)

El rey de los antropófagos



(Continuación)

Había allí cacatúas blancas con un copete de plumas amarillas en la cabeza, palomas con plumas de reflejo dorado dos veces más grandes que nuestros papagayos, pájaros de todos los colores y de todos los tamaños, entre ellos esas maravillosas aves del paraíso las más hermosas de todas por tener en sus plumas la gama de todos los colores.

El Enanillo, despertado por el jefe se quedó encantado al ver aquella tierra tan rica en plantas.

—¿Este, cuál será; mi reino, o el lugar donde estos isleños me metan en el asador?

En tanto la chalupa se había internado en una pequeña bahía cerca de cuya orilla se veían multitud de cabañas escondidas entre los cocoteros y bananas pero de agradable aspecto.

El jefe cogió un gran caracol de mar y lanzó unas cuantas notas agudas y breves a las que acudió en seguida la población de la aldea, que se aglomeró en la playa.

Había allí guerreros armados de lanzas de mazas y de arcos,

mujeres casi desnudas pero muy tatuadas, y chiquillos completamente en cueros que saltaban como monos.

Cuando el Enanillo, muy asustado, desembarcó escoltado por la tripulación de la chalupa, vió con gran estupor que toda aquella gente se postraba arrodillada en tierra ante él.

—¿Creerán que soy alguna divinidad marina?—se preguntó —Dado el color de mi piel, tan raro para estas gentes que la tiene del color del chocolate, nada tiene de extraordinario. Hagamos nuestro papel de monarca.

El mozo, aunque le costase trabajo creer en tanta fortuna, adoptó una actitud tragicómica y endilgó a sus súbditos un discursillo que, como es de suponer, nadie entendió pero que, sin embargo, sembró la expectación entre todos aquellos salvajes.

Así que hubo terminado, el jefe de la canoa, que debía ser el personaje más importante de aquel poblado y de la isla, mandó que adelantasen una especie de palanquin formado de ramas de árboles e invitó al muchacho a subir en él.

En seguida toda la población se puso en marcha tras el nuevo rey, precedido de cuatro tambo-rileros que golpeaban furiosamente en troncos de árbol excavados y cubiertos de piel de tiburón. A continuación llegaron a una espaciosa cabaña sombreada por un banano gigantesco y allí invitaron a entrar al Enanillo donde con toda clase de esfuerzos mímicos le hicieron comprender que estaba en su casa.

Cuatro hombres, probablemente cuatro esclavos, quedaron allí a su servicio.





En aquella cabaña había víveres en abundancia; muchas y variadas frutas, peces salados y en conserva, mucho pan de sagú, un cómodo lecho formado por varias mantas hechas de plumas de diferentes clases de pájaros y un gran número de vasijas de dimensiones monstruosas que el Enanillo no sabía para qué podrían servir.

El pobre mozo, recogido medio muerto de hambre en medio del gran océano, estaba convertido en realidad en el rey de aquella isla.

Esos salvajes que nunca hasta aquel momento habían visto un hombre blanco, le habían creído llegado del cielo y sin más preámbulos le elevaron a tan alto cargo.

El rey anterior ya no existía. Herido en una rebelión que había estallado entre sus súbditos, le remataron de un mazazo y por último le ensartaron en un asador...

Por fortuna estos interesantísimos detalles no los conocía aún nuestro mozo, pues, de saberlo, hubiera renunciado al trono.

Debemos en cambio decir que los súbditos desde los primeros días se mostraban justamente entusiasmados de su nuevo rey.

Todas las mañanaa los personajes más importantes de la isla iban a visitarle llevándole regalos de toda clase.

Jabalíes, los más sabrosos peces, las frutas más gustosas, las batatas más dulces entraban por cargas en su real cabaña. El Enanillo jamás había disfrutado de tanta abundancia.

Una cosa empero le turbaba la felicidad: el deseo de conocer el uso que tenían aquellas siete u ocho grandes vasijas alineadas a lo largo de la pared de su habitación.

Esos recipientes destinados a no contener nada, al menos por el momento, le preocupaban en extremo su imaginación y para aclarar todo se esforzaba cuanto podía en aprender el idioma de aquellos isleños.

Habían transcurrido unos tres meses cuando un día, creyéndose bastante entendido ya en el idioma del país, llamó al jefe de la canoa a quien había nombrado su primer ministro a fin de obtener de él ciertas explicaciones acerca del uso de aquellas vasijas.

—¿Puedo al menos saber para qué sirven?—preguntó—Quizá en sus tiempos se usaron para guardar aceite de nueces o vino de palma.

El ministro al oír aquella pregunta no pudo ocultar una cierta impresión de sorpresa. Parecía escandalizado ante aquella supina ignorancia del joven rey.

—¿Lo ignora Vuestra Majestad?—dijo.

—De saberlo no te lo hubiera preguntado a tí, mi fiel ministro—contestó el Enanillo.

—Pues escucha: en esta primera vasija, que es la mayor de todas, fué cocinado Liki Liki I. Era el monarca más gordo que he conocido y después de él no hemos comido otro de carnes más deliciosas.

El Enanillo estuvo a punto de desmayarse pero se contuvo y cobró ánimos a fin de no mostrarse cobarde ante su primer ministro.

—En esta otra hemos guisado a Liki Liki II—continuó diciendo el salvaje—. Estaba algo delgado y eso que comía por dos; pero yo aseguro a Vuestra Majestad que su cabeza valía más que la de su antecesor; eso os lo aseguro yo que fui quien lo asó. En esta tercera, fué guisado Kalabua I, primer rey de la segunda dinastía. Le pusieron en salsa verde con boniatos. ¡Vaya una sopa rica, Majestad, nunca hemos catado una cosa mejor...!

—Basta, conozco la historia de los demás—dijo el Enanillo que sentía que se le doblaban las piernas—. Sólo deseo saber ahora de qué modo vais a guisar al rey blanco.

(Continuad.)



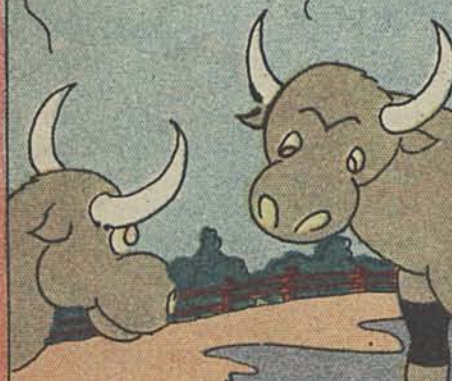


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



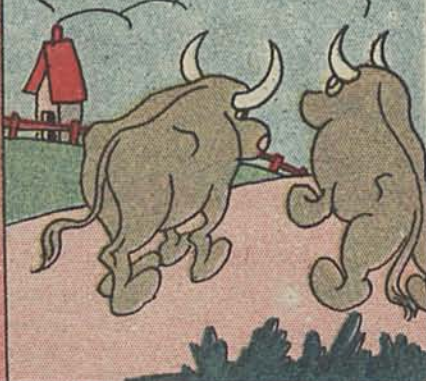
¿POR QUIEN LLEVA LUTO LA SEÑORA VA-
CA?

POR MI POBRE HIJO QUE LO
MATARON AYER EN UNA CO-
RRIDA DE TOROS



¡POBRECILLO! LO HABRÁ USTED SENTIDO
MUCHO ¿VERDAD?

COMO QUE EN CUANTO ME
ECHE UN TORERO A LA CARA LO
VOY A MANDAR A LA LUNA



NO HAY MAS REMEDIO QUE TRABAJAR.
SE ME HAN HINCHADO YA LAS NARI-
CES Y SE ACABARON LOS VAGOS

¡QUE VIDA MÁS PERRA!



¿Y SE PUEDE SABER A QUÉ VAMOS A DE-
DICARNOS?

UN SERVIDOR A MAESTRO
TORNERO, Y TU A
APRENDIZ PARA
MENEAR LA COLA Y
GRACIAS

NO HAY DE QUÉ



NOS HA QUEDADO UN TA-
LLER ESTUPENDO.
VAMOS A GANAR
EL DINERO A
ESPUERTAS

ELE, ELE



¡CARAMBITA! ¡CARAMBITA!
¿CON QUE AQUÍ VIVE UN
TORERO?



OYE NIÑO ¿ES QUE HA HABIDO
TERREMOTO?

NO SE; PERO ME PARE-
CE QUE NOS HAN MANDADO
A LA LUNA





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL CASTILLO DE LAS SIETE TORTAS

UNA vez había una pobre viuda llamada Tomasa, que tenía un hijo de doce años, cuyo nombre era Juan. La infeliz mujer no tenía más bienes de fortuna que su trabajo, y éste era tan poco productivo, que apenas bastaba para mantenerlos. El muchacho vio cierto día a su madre tan apurada, que la dijo:

—Mirá mamá, con lo que ganas puedes vivir perfectamente, pero no puedes sustentarme. Yo soy ya crecido, y puedo andar por el mundo, y estoy seguro de encontrar muy pronto ocupación.

En vano la madre le dijo que era aún muy joven para ganarse la vida, porque Juan, no queriendo ver a su madre en trances tan angustiosos, al día siguiente partió llevando por todo bagaje la bendición maternal, un pan y diez céntimos.

Al alejarse de su choza se despidió de su madre lanzándole un beso y ocultando su llanto para no aumentar el de la pobre viuda, y desapareció en un recodo del camino.

Andando, andando, llegó a un bosque, y como ya la noche y el cansancio le impedían seguir su camino, se acostó en un ribazo oculto entre unos juncos, y allí durmió de un tirón hasta que un ruido vino a despertarle.

Prestó atención, y vio que los que tal ruido producían eran tres gigantes que sentados alrededor de una buena lumbré, en la que ardían tres encinas, se contaban lindas historias y convenían sus proyectos para una empresa que pensaban acometer.

El muchacho, que tenía un tino jendiblado tirando piedras, cogió una y la disparó con tal acierto que fué a dar en la oreja de uno de los gigantes, el cual, volviéndose a uno de sus compañeros, le dijo:

—No gastes bromitas conmigo o me enfado.

—Chico—contestó el otro—, ¿de qué me hablas?

Juan volvió a tirar otra piedra de una libra, que fué a dar en la nariz del primero.

—Vaya—exclamó éste—; ya me he enfadado. Y para que no vuelvas a tirarme chinitas, ¡toma!

Se enzarzaron a moquetes y en medio de la refriega se apercibieron de Juan. Lo cogieron por el cuello y lo llevaron al lado de la lumbré.

—¿Con que eras tú, perillán?—rugió uno de los gigantes tocándose los chichones que le había producido su compañero.

—Yo he sido—exclamó Juan, incapaz de mentir, ni aun para defender su vida.

Entonces los gigantes resolvieron matarle, pero uno de ellos, más compasivo que los otros, propuso llevar al muchacho a la puerta del castillo de las Siete tortas, así llamado porque el que se aventuraba a asomar las narices por la puerta de la fortaleza, recibía siete bofetadas en menos tiempo que se dice amén. Aun cuando nadie había entrado,

era de suponer que cuando a la puerta se daba leña tan aprisa, dentro andarían los cachetes, los puntapiés y las coces, más espesos que el granizo.

Aquella noche dejaron dormir a Juan los gigantes y a la mañana siguiente le llevaron al castillo de las Siete tortas. Tenía altísimas murallas de empavonado acero y una puerta que semejaba la boca de inmenso león.

—Mira—dijo al muchacho un gigante, —en cuanto entres te van a dar siete tortas.

—¿Serán con manteca, que me gustan mucho?—contestó Juan con inocencia.

—Con cinco dedos y no de manteca—repuso el gigante sonriendo—. En cuanto entres recibirás las siete bofetadas de ordenanza, pero eso no es nada, porque ya has visto que por tu culpa he recibido yo setenta y estoy como si tal cosa. Entra,

sin embargo, y después nos contarás lo que has visto en el castillo.

Por las miradas que cruzaron entre sí los gigantes, de sobra comprendió Juan, que era muy listo, que la muerte le esperaba en el castillo. Pensó en Dios y en su madre y se dispuso a entrar en aquella terrible boca de león, cuyas mandíbulas de acero comenzaron a moverse amenazadoras en cuanto se acercó el muchacho. Como éste vacilara, le cogieron en vilo los gigantes y le lanzaron por el aire hasta que cayó dentro de aquella terrible boca. Temiendo a las bofetadas, tiróse el muchacho al suelo cubriéndose la cara con las manos y arrastrándose franqueó el umbral sin recibir ni el golpe más pequeño. Volvió la cabeza y vio que la puerta del castillo se había cerrado y que unas manos de acero movidas por resortes invisibles, repartían bofetadas en el aire a diestro y siniestro.





Aún oyó las carcajadas de los gigantes, que se reían de los golpes que a aquella fecha suponían estaba recibiendo el valeroso chico.

—Puesto que no puedo salir, vamos a ver si en este castillo encuentro comestibles. Malo será que no me den siquiera un pedazo de pan y un vaso de agua.

Atravesó la plaza de armas, y viendo en ella tres piedras negras las recogió y las guardó en su bolsillo diciendo:

—En caso de apuro, al primero que quiera **hacerme** daño le salto un ojo, o le dejo chato para todos los días de su vida.

Siguió andando y recorrió todas las habitaciones del castillo sin encontrar alma viviente ni provisiones de ningún género; pero en el gran salón del piso principal vió un horrible mono bailando sobre una mesa, y haciendo mil cómicos visajes.

—¡Eh!—gritó Juan—. ¡Mono estúpido! ¿Hay aquí algo que comer?

El mono, por toda respuesta, hizo ademán de tirársele al cuello; pero el muchacho metió mano al bolsillo, sacó una piedra y la disparó con tal acierto, que dió al mono en la cabeza y le derribó medio muerto. Apenas hubo caído, se cubrió la mesa de manjares apetitosos, que el muchacho se apresuró a comer porque tenía un hambre devoradora.

—Está visto que aquí hay que ganarse la vida a pedradas, y si no, no se come.

Terminado el almuerzo volvió Juan al patio del castillo, y al fijarse en las paredes vió que en una de ellas, y colgada de un clavo, había una llave. Al punto se le ocurrió que aquella llave debía servir para algo importante; mas como estaba muy alta, se veía la intención de que no fuera cogida por nadie.

—El que puso allá arriba tal cosa, no contaba con mi tino—dijo el muchacho.

Y sacando otra piedra del bolsillo la disparó tan bien, que saltando la llave de su soporte, vino a caer sobre las piedras del patio. Mas apenas las hubo tocado, comenzó a saltar en todas direcciones como una pelota de goma, haciéndose casi imposible cogerla. Juan pensó que aquella llave estaba viva, y por si acaso, sacando la última piedra, aguardó a que se pusiera a tiro, y, merced a su envidiable acierto, le dió tal pedrada que la partió en el aire.

Sonó un estrépito formidable, crujieron las poternas del castillo, retembló el suelo y por todas partes aparecieron caballeros

armados de punta en blanco cabalgando en briosos corceles. A su frente marchaba un viejo de ojos vivos que despedían una luz roja siniestra. Amenazaron los caballeros con sus lanzas al muchacho; pero el viejo le dijo:

—Si quieres marcharte del castillo, se te abrirá pasó franco; mas si te resistes perecerás, a no ser que contestes a la pregunta que voy a hacerte, si es que quieres continuar la prueba.

Todos estos caballeros han intentado lo mismo que tú, sin lograr su intento. Todos recibieron sus siete bofetadas correspondientes al entrar, pero ninguno cogió las tres piedras ni hizo lo que

tú, por cuya grave tontería los he condenado. Como tú de cuatro cosas has hecho tres, puedes retirarte; pero si aciertas la cuarta serás rico y poderoso.

—Pregunte usted lo que quiera—repuso Juan.

—Se hará según tu deseo. ¿En qué se parece el pan a un puente?

Juan quedó un momento pensativo, y de pronto exclamó:

—El pan se parece a un puente en que tiene ojos.

—Pues me has fastidiado—dijo el viejo—, que ahora todo esto es tuyo y nosotros tus servidores.

Salieron unos pajes llevando en grandes bandejas vestidos, con los que reemplazaron los harapos de Juanillo. Éste al momento preguntó si en el castillo había algunas pesetejas para mandarlas a su madre. El viejo lo llevó al sótano, donde había atesoradas inmensas riquezas, y Juan decidió traer a su madre al castillo, como en efecto lo hizo, con gran admiración y contento de la buena mujer, que no sabía lo que le pasaba.



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón, ¿a ti te gusta el circo?

—Me encanta.

—¿Qué es lo que más te gusta del circo?

—Los payasos. Yo iría muy a gusto a un circo, donde no hubiese más que payasos. Me hacen reír mucho ¿y a ti? ¿no te gustan también los payasos?

—Muchísimo. ¡Si vieras cómo me río con las tonterías de los tontos! Disfruto mucho más con ellos, que con todos los ejercicios de destreza y peligro.

—Y yo creo que el ser payaso, clown o augusto, debe de ser difícil.

—Indudablemente. El arte de hacer reír al público es un arte difícilísimo. Estos artistas de la hilaridad son los que siempre atraen la atención del público. Todo el mundo los desea, todos esperan con impaciencia su aparición en la pista. El arte del clown es instintivo, lo lleva dentro la persona, y su talento, su imaginación y su ingenio lo desarrollan y perfeccionan.

—Me gustaría ser amigo de un payaso para conocer de cerca su vida, su manera de comportarse particularmente, ver sus casas, sus camerinos, sus trajes, los múltiples instrumentos y cacharros que utilizan en sus trabajos.

—Es interesante todo ello, querido Chonón. Si estuvieses en el camerino de los clowns, verías que antes de empezar la representación (bastante antes, porque el tiempo que necesitan para prepararse es mucho), proceden con gran cuidado al maquillaje.

—¿Qué es eso del maquillaje?

—Preparar la cara por medio de pastas y pinturas, para darle el aspecto conveniente. Ya sabes que los clowns salen a la pista con unas caras, que sólo el verlas produce risa. Para maquillarse se embadurnan todo el rostro con una pasta rosa, sobre la cual habrá luego de ir la pintura. Ni más ni menos que lo que hace un pintor con el lienzo no preparado antes de empezar a aplicar sobre él los colores. En seguida, con un jabón especial, encola sus cejas y sus pestañas, para que la pintura se adhiera al pelo. Los labios se embadurnan también con un líquido negro adherente. Luego, con pinturas (que no contengan materias venenosas), se trazan los rasgos que a cada uno le sugiere su capricho humorístico y con lápices adecuados se trazan las arrugas y las líneas, que dan a las caras un aspecto tan grotesco. Finalmente, se empolvan para fijar y secar los colores.

—¿Y esas narizotas que sacan algunos?

—Son postizas, desde luego. Como es postizo el pelo y a veces las orejas, la barbilla, los dientes y hasta las manos y los pies. Hecho el maquillaje, y cuando los ejercicios que han de desarrollar son violentos y provocan el sudor, se preparan todo el cuerpo, cubriéndolo con una capa de cold-cream especial. Ya comprenderás que todos estos preparativos requieren, una vez terminada su ac-

tuación, una jabonada y agua abundante, para dejar la piel en perfecto estado de limpieza.

—¿Es muy vieja esta costumbre de maquillarse?

—Antiquísima. En el actor de todos los tiempos ha existido esa pintura para destacar ciertos gestos fisonómicos. Todo obedece al mismo principio; al deseo de atraer todas las miradas a la cara del artista. Antiguamente los clowns se maquillaban con pintura negra y fué Price el primero que rompió la costumbre y apareció en la pista embadurnado de blanco. El arte del maquillaje es difícil. Y también es difícil y costoso lo referente a los trajes. Esas absurdas y grotescas vestimentas que sacan, cuestan un dineral. Los trajes de los clowns, adornados con millares de lentejuelas, valen mucho dinero, y hay que tener en cuenta que el trabajo de la pista los estropea mucho. Las botas, esas desproporcionadas y disformes, botas que sacan algunos augustos, se fabrican con especial cuidado en Inglaterra y cuestan también muy caras.

—¿Tan rotas como están algunas?

—Esos rotos están hechos expofeso, para que asomen por ellos los postizos dedos de los pies. Y es preciso aprender a andar con semejantes mamotretos en los pies, porque uno que no sepa, se cae al primer paso.

También las pelucas son artículo de mucho coste, y si están complicadas con algún mecanismo especial, aún más. Las hay que mediante una serie enrevesada de gomas, hacen que los pelos se pongan de punta; otras giran sobre la cabeza como una rueda de fuegos artificiales y otras dan saltitos. En fin, las hay para los gustos más estrambóticos.

Los instrumentos musicales son también de construcción especial, pues su resistencia ha de ser mayor que la de los corrientes ya que, como antes he dicho, los trabajos de la pista los estropean mucho.

Claro que para el suministro de todas estas cosas hay, sobre todo en Inglaterra, casas especializadas en toda clase de artículos para artistas de circo.

—¿Y qué me dices de la serie de bofetadas, palos y estacazos que se dan entre sí?

—Graciosísimos. Pero ya sabrás que todo eso son trucos, como muchos de los trabajos que dejan al público con la boca abierta.

—Cuéntame; cuéntame.

—De buena gana lo haría, pero mira el reloj. Es tardísimo. Otro día hablaremos de esto, porque el tema es curioso.

—¿Me lo prometes?

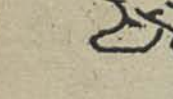
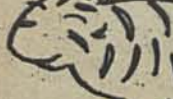
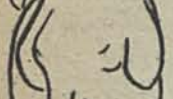
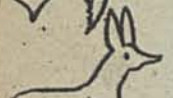
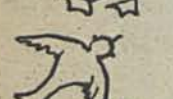
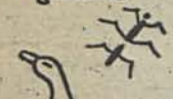
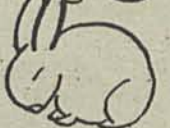
—Con la mano puesta sobre mi corazón. Y ya sabes que yo, lo que prometo, lo cumplo.

—Entonces.....

—Hasta otro día.

—Adios, querido buho.

—Adios, querido Chonón.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

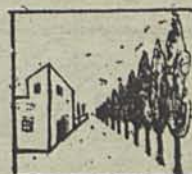
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un vapor
Luis Izquierdo.



Castillo
R. Melero.



Un paseo
Isidro Martín.



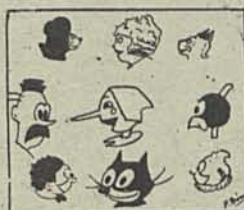
Un toro
Francisco P. Miravete.



Angel Blasco.



Cabeza de buey
Fernando Perro.



Mis mejores amigos
Francisco Gómez.



Un perfil
Eduardo C. Arnau.



El muñeco de mi hermano
José Moya.



Un amigo
Eugenio Briz.



Mi casa
Fernando Macías.



Conocidos
José Luis Cuartero.



Mi amigo
L. Núñez.



Pipo
Enrique R. Corvera.



Casa de veraneo de Currinche
Fernando de la Flor.



Mis dos amigos
Abelardo Rodríguez.



¿Lo conocéis?
Manuel de Portilla.



Un desafío
Agustín Beltrán.



Un criminal
A. Beltrán.



Don Turulato
A. Beltrán.



Un ahorcado
A. Beltrán.



Mi auto
Agustín Beltrán.



Don Turu no espera más
Antonio Collado.



Camote, el portero
Mercedes García.



Charleston
Angelina Pelegrín.



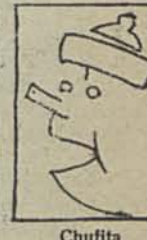
Pinocho
Gabriel Benet.



Un «Greco»
Victoriano Pardo.



Botones
Eugenia E. Briz.



Chufita
Ramón Torres.



Faro
Paula Verango.



El favorito del Hipódromo
Carlos Torán.



Cagancho
Carlos Torán.



Mi bicicleta
Luis Izquierdo.



Una araña
Purita Hergueta.



Currinche y Don Turulato
Un desconocido.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL VENDABAL



Un buitre, dos jilgueros y un mochuelo estaban tomando el sol en lo alto de un árbol, cuando de repente, levantóse un furioso vendabal.

Entre polvo, agua, ramas y hojas, fueron confundidos por los aires los cuatro animales en cuestión.

¿Podéis indicar vosotros dónde están?

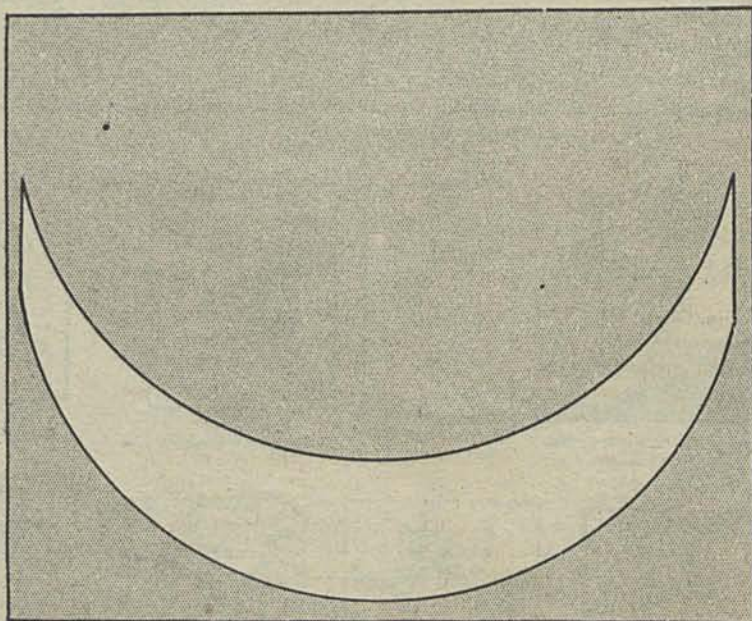
LA CRUZ

Voy a presentaros hoy un problema, que goza de gran popularidad en ciertas regiones de Noruega.

Espero que vosotros no desmereceréis junto a los niños noruegos, casi todos pinochistas, y que lo resolveréis con tanta o más facilidad que los indicados niños.

Se trata de que dividáis la figura adjunta en siete pedazos, de forma que combinándolos después, se forme con ellos una cruz.

¡A calentarse la mollera, que el tiempo es oro!



Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Agosto

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—María Luisa Brunet.

Segundo premio.—Joaquín María Múgica.

Tercer premio.—Emilio Meneses.

Cuarto premio.—Aquilino Cabezón.

Quinto premio.—África Sánchez de León.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Miguel Garriga, Teresa Ballester, José Díaz, R. A. Romero, Escuela de San García, Rafael Cuadrado, Enrique Sanchis, Luis Vélez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Premios a la colaboración pinochista del mes de Agosto

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Angel García (Buenos Aires).

Segundo premio.—Julio Fernández.

Tercer premio.—Juanito de la Serna.

Cuarto premio.—Elisa Fernández.

Quinto premio.—Leandrito Pruñonosa.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Francisco Castillo, E. Cortón, José, Hacer usted de Andresco, Carlos Zulueta, Lucas Pardo, Santiago Laso, José Antonio Fernández, Angelita Steinmetz, Eduardo Lorite, Pepito Fraga, Agustina Pardo, María Uloe Donold, María Luisa Valderrama, Alfonso Núñez y Sebastián Vicent.



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



JUANITO DE LA SERNA.—Me dice el sabio buho que te envíe su más calurosa felicitación por lo admirablemente bien que has interpretado el fondo del mar. Se ve que has estado en él mucho tiempo, porque de otra forma no sería posible reproducir con tanta fidelidad los detalles que aparecen en tu dibujo. Apretadísimos abrazos.

CONSUELITO Y MERCEDITAS DE LA VEGA.—Superiormente bien vuestros magníficos dibujos. Sobre todo la Virgen del Rosario, es algo maravilloso. Enviarme trabajos y no dejéis de dibujar, porque tenéis aptitudes envidiables para el arte de Goya. Vuestro siempre.

ANGELITTA LIZARITURRY.—Tu jarrón, admirable, se publicará, pero el cisne de Miguelito no correrá igual suerte, porque lo ha hecho a lápiz y lo mismo digo de la linda casita de Juanito. ¡Qué penal! Vuestro gran amigo que os abraza.

LUCAS LIZAUR.—Mi querido Luquitas: Cuando dentro de poco veas las cosas nuevas que voy a darte en mi revista, quedará contestada tu carta. Entre tanto, esperar. El retrato lo quiero para publicarlo en columna de honor, pero.... es tan chiquiriquitito lo que me mandas, que no se va a ver nada. Abrazos apretadísimos.

AMPARO SELA.—Colosal el retrato del papá de Colorín. Irá a su tiempo. Mándame más cositas. Tuyo siempre.

PEDRITO ARETIO.—Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis obras de arte. Así deben denominarse los dibujos soberbios que me envías. Enhorabuena y envíame más trabajos, para publicarlos también. Abrazos.

ESPERANZA VILLAESCUSA.—Quedas disculpada de tu pereza, pero quiero que el tiempo que te dejen libre los estudios y el juego, lo dediques a trabajar con tu mágica pluma, porque dibujas muy requetebien. ¡ira. tus dibujos a mi revista, en cuanto les llegue el turno. Tuyo incondicional.

ROSARIO RISSECH.—No tienes que rogarme nada, porque tu trabajo se recomienda por sí solo. Dibujas con una limpieza y precisión envidiables. Enviame más cosas y se publicarán también. Tuyo.

RAFAELITA ZURDO.—¡Pobre chica la que tiene que servir! pero no pobre chica la que tú retrates con la magia de tu lápiz. Porque la chica que me envías puede parangonarse con la maja de Goya, y no te exagero ni tanto así. ¡Qué escobal! ¡Qué maravilla! ¿Y qué decir de la silla? (Pues que le falta una pata, y si se sienta la chica, es seguro que se mata). Apretadísimos abrazos.

Pinocho

SECCIÓN PIRULA



Charles de Pirula... encuadernador
y abanista

Para los libros de Chunguita

Al leer mi charla del domingo último, Chunguita ha estado a punto de perder su nombre.

Quiero decir que se ha puesto triste y como a Chunguita se la llama así

(su verdadero nombre es Paulina) precisamente por lo alegre que es y por su buena costumbre de todo tomarlo a chunga...

Como que de chiquitina, yo creo que se reía hasta de los chichones que se hacía al caerse o al tropezar contra alguna puerta; y ahora que ya es toda una persona formal de once años y pico, sigue siendo tan risueña y bromista como cuando era pequeña.

¿Que por qué se puso triste al leer mi charla del domingo último? Sencillamente, porque hablaba de los cuentos preferidos de mis Pirulindas y esto la ha hecho pensar en sus libros de cuentos que son muchos, y en el estado en que los tiene que es lamentable.

Según Chunguita, sus libros están en mal estado porque no tiene una biblioteca donde guardarlos; según mamá, no se le compra a Chunguita una librería, porque no vale la pena de hacer un gasto para guardar libros tan deteriorados.

¿Quién tiene razón? Eso ni se pregunta; las mamás tienen siempre razón; da lástima ver los preciosos tomos de la «Biblioteca Perla» y las aventuras de Pinocho, y tantos y tantos divertidísimos libros como tiene Chunguita, con sus hojas sueltas y sus tapas de cartón descolgadas; y están así, un poco porque Chunguita los lee y los relea sin cesar, y un mucho—un muchísimo—porque no los trata con el cuidado que debiera, y

los deja tirados por todos los rincones. Hay un medio de arreglarlo todo; remozar estos libros, encuadernándolos, y cuando parezcan nuevos y flamantes

serán dignos de la biblioteca, y cuando estén colocados en una biblioteca, Chunguita se acostumbrará a guardarlos con el cuidado y el orden que se merecen.

Claro que no pensamos en mandar los libros a un taller de encuadernación, porque esto cuesta muy caro y para pagar esos precios no valdría la pena de darnoslas de buenas Pirulindas ¿verdad? Pero, en fin, el resultado puede ser parecido, salvo para el bolsillo, claro está.

La seudo-encuadernación que haremos nosotras mismas, consistirá sencillamente en forrar los libros, todos con igual papel; este puede ser un papel especial, muy transparente y fuerte, a través del cual se ve perfectamente la tapa y sin embargo queda disimulado su deterioro.

Pero para mayor adorno, se puede utilizar alguno de esos papeles modernos con aspecto marmóreo que sirven para fabricar pantallas.

Después de forrados los libros, se pegan en el lomo etiquetas con el nombre del autor y el título de la obra, escritos a mano. Estas etiquetas deben ser de idéntico tamaño y colocadas a la misma altura; y la inscripción debe ir hecha con letra... de Pirulinda, que es como decir un modelo de caligrafía.

Ya están todos los libros correctos, remozados, nuevos, flamantes; ya se merecen la mejor de las bibliotecas; como que va ser una biblioteca que salga de la misma fábrica que las encuadernaciones.

Se cogen unas tablas—tres o cuatro y se pintan con pintura esmalte en el mismo tono que domine en el cuarto, sea blanco o verde, amarillo o encarnado, lila o rosa o crema.

Se clavan en la pared, unas debajo de otras a la altura requerida por el amaño de los volúmenes; como es natural los libros grandes irán abajo, los medianos en medio y los de tamaño corriente o pequeño, arriba; de modo que se dejará más distancia entre las dos tablas de más abajo que entre las dos de arriba.

En el delantero de las tablas, y a sus extremos, se atornillan unas hembra-llas por las cuales pasará una varilla de hierro.

Se cortan luego dos o tres trozos de tela (según el número de tablas) que puede ser seda lavable, o crespón de China artificial o *tolle* de seda, dando a

cada trozo un ancho igual a la altura que separa las tablas entre sí, y un largo que equivale al largo de las tablas más la mitad, teniendo en cuenta que la tela ha de ir fruncida.

En el borde inferior, estas cortinillas pueden ir rematadas con un fleco de madera; en la parte superior llevarán un dobladillo por el cual pasen las varillas de hierro; éstas pueden pasar también, en lugar de ir directamente en el dobladillo, por unos anillitos de metal cosidos al dobladillo de trecho en trecho.

Las cortinillas pueden hacerse en color liso, igualado con el cuarto y las tablas, o en tela estampada sobre fondo de este color.

¡Ah! Para forrar los libros y fabricarles una biblioteca como esta, ¡no es condición precisa que estén estropeados!

